

10. Satanás Atado

En relación con la primera resurrección, Juan tuvo una visión del triunfo de Jesús sobre el enemigo que encerró al hombre en la prisión de la muerte. La resurrección de los justos tiene lugar en la venida de Cristo, como dice el apóstol: «El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos y hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor.» (1 Tesalonicenses 4:16, 17). La visión de Juan sobre estos eventos se describe así:

«Y vi a un ángel descender del cielo, que tenía la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso un sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y se les dio juicio; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y de los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni habían recibido su marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.» (Apocalipsis 20:1-5).

Para comprender el significado completo de este texto, debemos examinar el tema del santuario, uno de los temas más importantes e instructivos presentados en la Biblia. El significado de la palabra *santuario*, según las mejores autoridades, es *un lugar santo o santificado, una morada del Altísimo* (Cruden). El Señor le ordenó a Moisés, diciendo: «Y me harán un santuario, para que yo habite en medio de ellos.» (Éxodo 25:8). Pero el santuario construido por Moisés, y usado durante tanto tiempo por los hijos de Israel para el ofrecimiento de sacrificios y el servicio de los sacerdotes, era solo un tipo del verdadero santuario en el cielo, donde Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, oficia ahora (Hebreos 8:1-6; 9:1-24).

En el servicio típico del santuario, cada día del año la gente traía sus ofrendas al tabernáculo y confesaba sus pecados sobre ellas. Los sacrificios eran entonces inmolados, y la sangre, que representaba la vida de las víctimas sobre las cuales se confesaban los pecados, era llevada al santuario. Así, los pecados de aquellos que hacían sus confesiones eran transferidos de ellos al santuario durante todo el año (Hebreos 9:1-7; Levítico 1:3; 4:1-7). Al final del año, el sumo sacerdote presentaba dos machos cabríos ante la puerta del santuario, y echaba suertes sobre ellos. Una suerte era para el Señor, y la otra para el chivo expiatorio (Levítico 16:1-8). El macho cabrío sobre el cual caía la suerte del Señor era entonces inmolado, y su sangre era llevada al santuario, y por medio de ella se expiaban los pecados llevados allí por el sumo sacerdote (pues él actuaba en nombre del pueblo) (versículos 9-19). Luego estos pecados eran sacados del santuario y puestos sobre la cabeza del chivo expiatorio, y este los llevaba a una tierra inhabitada (versículos 20-22). Todo esto era una figura de la ministración de Cristo en el verdadero santuario de arriba (Hebreos 8:1-5). Por lo tanto, Cristo ministrará en el primer compartimiento del santuario celestial hasta el día de la expiación o juicio. Durante este tiempo, los pecados del pueblo de Dios son transferidos, por la fe en la sangre de Jesús, al santuario celestial. En el día de la expiación, la sangre del Cordero de Dios será ofrecida para limpiar el santuario celestial de estos pecados.

Según el patrón, cuando el santuario celestial sea limpiado por la sangre del Cordero de Dios, los pecados de los justos serán transferidos por el Sumo Sacerdote (Cristo) y colocados sobre la cabeza del chivo expiatorio, quien será entonces enviado a una tierra inhabitada. Ahora nos preguntamos: ¿Quién es este chivo expiatorio? Los siguientes testimonios ofrecen información satisfactoria sobre el tema:

El Chivo Expiatorio.—El siguiente evento de ese día, después de que el santuario fue purificado, fue la acción de poner todas las iniquidades y transgresiones de los hijos de Israel sobre el chivo expiatorio y enviarlo a una tierra inhabitada, o de separación. Casi todos suponen que este macho cabrío tipificaba a Cristo en algunos de sus oficios, y que el tipo se cumplió en el primer advenimiento. De esta opinión debo diferir, porque: 1. Ese macho cabrío no fue

enviado hasta después de que el sumo sacerdote hubo terminado de limpiar el santuario (Levítico 16:20, 21). Por lo tanto, ese evento no puede encontrar su antitipo sino después del fin de los 2300 días (1844). 2. Fue enviado lejos de Israel al desierto, una tierra inhabitada. Si nuestro bendito Salvador es su antitipo, Él también debe ser enviado lejos —no solo su cuerpo, sino alma y cuerpo (porque el macho cabrío fue enviado vivo)— de, no a, ni entre, su pueblo, ni al cielo, porque eso no es un desierto ni una tierra inhabitada. 3. Recibió y retuvo todas las iniquidades de Israel; pero cuando Cristo aparezca por segunda vez, Él estará sin pecado. 4. El macho cabrío recibió las iniquidades de manos del sacerdote, y él lo envió. Como Cristo es el Sacerdote, el macho cabrío debe ser algo más que Él mismo, algo que Él pueda enviar. 5. Este era uno de los dos machos cabríos elegidos para ese día, de los cuales uno era del Señor y fue ofrecido como ofrenda por el pecado; pero el otro no fue llamado del Señor, ni ofrecido como sacrificio. Su único oficio era recibir las iniquidades del sacerdote, después de que este había limpiado el santuario de ellas, y llevarlas a una tierra inhabitada, dejando el santuario, al sacerdote y al pueblo libres de sus iniquidades (Levítico 16:7-10, 22). 6. El nombre hebreo del chivo expiatorio, como se verá en el margen del versículo 8, es *Azazel*. El siríaco tiene *Azail*, el ángel (el fuerte) que se sublevó. 7. En la aparición de Cristo, según se enseña en Apocalipsis 20, Satanás ha de ser atado y arrojado al abismo, acto y lugar que son simbólicamente representados por el sumo sacerdote antiguo enviando al chivo expiatorio a un desierto separado e inhabitado. Así, tenemos la Escritura, la definición en dos lenguas antiguas, ambas habladas al mismo tiempo, y las opiniones más antiguas de los cristianos, a favor de considerar al chivo expiatorio como el tipo de Satanás. —Crozier.

Sobre este tema, el Dr. Charles Beecher, en *Redeemer and Redeemed*, p. 66, dice: «Dos machos cabríos debían ser presentados ante el Señor por el sumo sacerdote. Debían ser exactamente iguales en valor, tamaño, edad, color; debían ser contrapartes. Colocando estos machos cabríos ante él, el sumo sacerdote puso ambas manos en una urna que contenía dos suertes de oro, y las sacó, una en cada mano. En una estaba grabado '*La-Yehovah*' (para Jehová); en la otra, '*La-Azazel*' (para Azazel).»

El macho cabrío sobre el cual cayó la suerte *La-Yehovah* fue sacrificado. Después de que su sangre había sido rociada en el lugar santísimo, el sumo sacerdote puso sus manos sobre la cabeza del segundo macho cabrío, confesó los pecados de la congregación y lo entregó a un hombre apto para que lo condujera y lo soltara en el desierto, estando el hombre así empleado obligado a lavar su ropa y purificarse antes de regresar a la congregación.

Con respecto a lo que representa este macho cabrío expiatorio, dice que «una opinión es que Azazel es un nombre propio de Satanás. En apoyo de esto se presentan los siguientes puntos: El uso de la preposición lo implica. La misma preposición se usa en ambas suertes, *La-Yehovah*, *La-Azazel*; y si una indica una persona, parece natural que la otra también lo haga, especialmente considerando el acto de echar suertes. Si uno es para Jehová, el otro parecería ser para alguna otra persona o ser, no uno para Jehová y el otro para el macho cabrío mismo. Lo que viene a confirmar esto es que las paráfrasis y traducciones más antiguas tratan a Azazel como un nombre propio. La paráfrasis caldea y los Targumes de Onkelos y Jonatán ciertamente lo habrían traducido si no fuera un nombre propio; pero no lo hacen. La Septuaginta, o versión griega más antigua, lo traduce como ἀποπομπαιος [Apopompaios], una palabra aplicada por los griegos a una deidad maligna, a veces apaciguada con sacrificios. Otra confirmación se encuentra en el libro de Enoc, donde el nombre Azazel, evidentemente una corrupción de Azazel, se le da a uno de los ángeles caídos, mostrando así claramente cuál era la comprensión prevalente entre los judíos en ese día. Todavía otra evidencia se encuentra en el árabe, donde Azazel se emplea como el nombre del espíritu maligno. Además de estos, tenemos la evidencia de la obra judía Zahar, y de los escritores cabalísticos y rabínicos. Nos dicen que el siguiente proverbio era común entre los judíos: «En el Día de la Expiación, un regalo para Samael». De ahí que Moisés Gerundinensis se sienta llamado a decir que no es un sacrificio, sino que solo se hace porque es mandado por Dios».

Otro paso en la evidencia es cuando encontramos la misma opinión pasando de la iglesia judía a la iglesia cristiana primitiva. Orígenes fue el más erudito de los padres, y en un punto como este, el significado de una palabra hebrea, su

testimonio es confiable. Dice Orígenes: «El que es llamado en la Septuaginta, [Griego] (Apopompaioi), y en hebreo, Azazel, no es otro que el diablo». Finalmente, se menciona una circunstancia del Emperador Juliano el Apóstata que confirma el argumento. Él presentó como objeción contra la Biblia que Moisés mandó un sacrificio al espíritu maligno —una objeción que nunca habría podido concebir si Azazel no hubiera sido generalmente considerado un nombre propio.

En vista, entonces, de las dificultades que acompañan a cualquier otro significado, y la evidencia acumulada a favor de este, Hengstenberg afirma con gran confianza que Azazel no puede ser otra cosa que otro nombre para Satanás. —Id., pp. 67, 68.

En conclusión sobre este punto, el Dr. Beecher dice: «¿No sería extraño si, en todos los símbolos del sistema sacrificial, no hubiera ni una sola insinuación de la existencia de la serpiente? ¿Y dónde esperaríamos ver su sombra dañina, si no aquí en este gran Día de la Expiación?» —Id., p. 73.

Además de estos testimonios decisivos, ofrecemos lo siguiente de comentaristas alemanes. El Dr. A. Sulzberger, en *Christliche Claubenslehre*, pp. 101, 102, dice:

«La próxima vez Satanás aparece ya no en la oscuridad, disfrazado de bestia, sino como un ser espiritual, personal, en el desierto, conocido bajo el nombre de Asasel (Levítico 16:8), a quien, en el Día de la Expiación, uno de los dos machos cabríos, cargado con los pecados del pueblo, es enviado, para llevar estos pecados al padre de todo pecado, e informarle que la expiación por el pueblo ha sido hecha, y que él, como acusador del pueblo, consecuentemente no tiene ningún derecho sobre aquellos cuyos pecados han sido expiados».

«Que bajo Asasel se entiende una personalidad espiritual, y esta la cabeza de los espíritus malignos, se hace evidente por el hecho de que de los dos machos cabríos que son presentados primero ante Jehová, uno es ofrecido a Jehová, y el otro, cargado de pecado, es enviado a Asasel al desierto, la morada de los demonios. De la relación en la que Asasel es puesto aquí con Jehová, se hace evidente que en ambos lados se encuentran seres personales; frente al Jehová

personal solo puede estar el Satanás personal. Con esta visión se alinean Hengstenberg, Kurtz, Gesenius en su '*Thesaurus*', Delitzsch, Keil, etc.».

A esto añade la siguiente nota:

[Palabra en hebreo] de la raíz [otra palabra en hebreo] remover, y expresando un grado más alto de lo mismo, significa, según las definiciones de muchos rabinos, Rosenmüller, Hengstenberg ('*The Books of Moses*', p. 166), Gesenius ('*Thesaurus*'), Ewald ('*Antiquities*', p. 402), Vaihinger (Herzog's Real Encyclopedia, I, p. 634), «el completamente removido». Según Baumgarten, «el apóstata». Según la LXX, [Griego], *averruncus*, un demonio que es ahuyentado lejos.

August Däschel, en "Commentary in Loco", dice:

«La palabra [palabra en hebreo] (La-Asasel), que ocurre en toda la Biblia solo en este capítulo, Levítico 16, y aquí solo cuatro veces, es explicada de manera diferente por distintos intérpretes». «La mayoría de los intérpretes, sin embargo, y esto justamente, apelan al hecho de que a la primera suerte —'para Jehová'— solo una segunda suerte podría corresponderle, sobre la cual, de manera similar, viene el nombre de un ser personal o un nombre propio. Ahora toman a Asasel en este sentido: 'El totalmente apartado, el completamente separado', y entienden con ello al diablo, el originador del pecado, la cabeza de los ángeles caídos, quien es llamado, en el libro de Job, Satanás, y por los Rabinos, Sammael.

También A. Kinzler, en «Biblische Alterth, mer», p. 215, dice: «El hecho más singular en todas las ceremonias del día de la expiación es el procedimiento con el segundo macho cabrío, el vivo, que es llevado, cargado con los pecados del pueblo, al desierto, para Asasel. Esta última palabra ocurre en toda la Biblia solo en este capítulo, Levítico 16, y no significa ni el desierto solitario, ni el macho cabrío en sí (Lutero, 'el macho cabrío libre'), ni 'para la eliminación completa'; las palabras, «una suerte para Jehová y otra para Asasel» (Levítico 16:8), exigen, sin lugar a dudas, que Asasel sea considerado como un ser personal, quien es puesto en contraste con Jehová. En esto solo se puede pensar en el gobernante de los reinos de los demonios, en Satanás».

Así vemos que es susceptible de muy clara prueba que Satanás es el gran antitipo del macho cabrío expiatorio. De hecho, no podemos llegar a otra conclusión. ¡Cuán apropiado, cuán justo es que Satanás, el gran autor del pecado, reciba de vuelta sobre su propia cabeza los pecados y transgresiones a los que ha inducido al pueblo de Dios!

En el tipo, trajeron al macho cabrío expiatorio «vivo delante de Jehová» (Levítico 16:10), y el sumo sacerdote confesó «sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío» (Levítico 16:21). Así será en el antitipo. Satanás será encausado, y Cristo, su conquistador, pondrá sobre él los pecados e iniquidades que ha causado que el pueblo del Señor cometa, y lo enviará a una «tierra inhabitada» (Levítico 16:22). A esto se hace referencia en el texto citado al principio de esta sección. Apocalipsis 20:1-5. Esa serpiente antigua, Satanás, es atada por mil años y encerrada en el pozo sin fondo, el abismo.

Claramente podemos ver en esto el antitipo del macho cabrío expiatorio. Pero él fue enviado al desierto, una tierra inhabitada. Entonces es un punto importante para nosotros determinar qué es este abismo en el que Satanás será echado. Si, al examinarlo, encontramos que es un «desierto» o un lugar desolado, esto confirmará la veracidad de nuestra posición de que Satanás es el antitipo del macho cabrío expiatorio. Apocalipsis 20:3 dice que Satanás fue echado en el abismo. Apocalipsis 9:1-3 sitúa el abismo en la tierra: «El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo [¿hacia dónde?] a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y el sol y el aire se oscurecieron por el humo del pozo» (Apocalipsis 9:1-2).

¿Cuál es el significado del término «abismo»? La idea comúnmente asociada a él es la de un infierno de fuego eterno. Pero este no es el significado bíblico de este término. Su significación primaria es: un lugar oscuro, un desierto, una tierra baldía, una región inhabitada. La palabra original, *abussos*, que en Apocalipsis 20:1-3 se traduce como «pozo sin fondo», en otros lugares se traduce como «profundidad» o «abismo». Así, en Génesis 1:1, 2: «En el principio creó Dios los

cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo» (Génesis 1:1-2), o el pozo sin fondo. La palabra es literalmente *el abismo*, como la da la American Bible Union. Así, Apocalipsis 20:1-3: «Y vi a un ángel descender del cielo, que tenía la llave del abismo» (Apocalipsis 20:1-3). Esto, comparado con Génesis 1:2, «Las tinieblas estaban sobre la faz del abismo» (Génesis 1:2), el abismo o pozo sin fondo, ubica este lugar de manera muy definitiva. Es la faz de esta tierra en su estado oscuro, vacío y caótico.

Entonces, si en el futuro Satanás va a ser echado en la profundidad, o el abismo, esta tierra debe ser reducida de nuevo a su estado caótico original, de modo que quede «desordenada y vacía, y las tinieblas sobre la faz del abismo». ¿Será esto alguna vez? Escuche a Jeremías, quien tuvo una visión de la futura condición de la tierra (cap. 4:19-28): «¡Ay, mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las paredes de mi corazón; mi corazón ruge dentro de mí; no puedo callar; porque tú, oh alma mía, has oído el sonido de la trompeta, el grito de guerra. Quebranto sobre quebranto es clamado; porque toda la tierra es destruida; de repente son destruidas mis tiendas, en un momento mis cortinas. ¿Hasta cuándo veré la bandera, y oiré el sonido de la trompeta?» (Jeremías 4:19-21). Luego da el resultado de este sonido de la trompeta, alarma de guerra y destrucción sobre destrucción: «Miré la tierra, y he aquí que estaba desordenada y vacía; y los cielos, y no tenían luz» (Jeremías 4:23-24). Compare esto con Génesis 1:2: «La tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo» (Génesis 1:2). Entonces viene el tiempo en que esta tierra será reducida de nuevo a su condición original. Pero él continúa: «Miré los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados se estremecían levemente. Miré, y he aquí que no había hombre, y todas las aves de los cielos habían huido. Miré, y he aquí que el lugar fructífero era un desierto, y todas sus ciudades estaban derribadas ante la presencia de Jehová, y por el furor de su ira. Porque así ha dicho Jehová: Toda la tierra será desolada» (Jeremías 4:24-27).

Los profetas declaran claramente que toda la tierra estará desolada de sus habitantes y convertida en un «desierto», para permanecer así por un período de mil años. Recuerden que fue un lugar similar a este en el que se soltó el macho

cabrío expiatorio; es decir, un desierto, una tierra inhabitada. Este es el lugar donde Satanás, el gran macho cabrío expiatorio antitípico, será atado por mil años. Apocalipsis 20:1-5 sitúa el comienzo de este período en el momento de la resurrección de los bienaventurados y santos, lo cual es mostrado por 1 Tesalonicenses 4:16 como el segundo advenimiento de nuestro Señor. La batalla del gran día, por la cual todos los enemigos del Señor son muertos (Apocalipsis 16; Jeremías 25), tiene lugar en ese momento. Así ese es el tiempo del atamiento del dragón y la desolación de la tierra. Y como esta batalla tiene lugar en *el día del Señor*, y como el derrocamiento total y final de los impíos al final de los mil años de Apocalipsis 20 también tiene lugar en *el día del Señor*, según 2 Pedro 3:7-10, se deduce que los mil años están en ese período cubierto por esta frase, *el día del Señor*. Por supuesto, en ese día ocurre la desolación. Así dice Isaías: «Gemid; porque el día de Jehová está cerca; vendrá como destrucción del Todopoderoso» (Isaías 13:6). «He aquí que el día de Jehová viene, cruel con indignación y con ira y con furor ardiente, para convertir la tierra en desierto, y raer de ella a sus pecadores» (Isaías 13:9). Cap. 13:6, 9. «Porque es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sion. Y sus arroyos [Idumea] se convertirán en brea, y su polvo en azufre, y su tierra vendrá a ser brea ardiente. No se apagará de noche ni de día; el humo de ella subirá por siempre; de generación en generación quedará desolada; nadie pasará por ella jamás y para siempre» (Isaías 34:8-10). Cap. 34:8-10.

Las expresiones *por siempre jamás* y *de generación en generación* muestran que la tierra estará desolada por un período no corto de tiempo. Como hemos visto, esta desolación de la tierra tiene lugar al principio de *el día del Señor*,—el comienzo de los mil años. Este es también el momento en que Jesús hace su segundo advenimiento, porque él es quien destruye a las naciones. Salmos 2:7-9. En Apocalipsis 19 se describe su advenimiento, junto con la destrucción de las naciones y la desolación de la tierra: «Vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y hace guerra. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito," (Apocalipsis 19:11-12). «que nadie conocía sino él

mismo. Y estaba vestido de una vestidura teñida en sangre; y su nombre es: El Verbo de Dios. . . . De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores. Y vi un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan por en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, y carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes. Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para hacer guerra contra el que montaba el caballo y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y a los que adoraron su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego ardiendo con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.» (Apocalipsis 19:11-21). Esto deja al mundo desolado de sus habitantes.

El profeta continúa: «Y vi a un ángel descender del cielo, que tenía la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso un sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años.» (Apoc. 20:1-3). Así vemos que tan pronto como la tierra es convertida en un desierto, Satanás es arrojado a esta región desolada para permanecer allí mil años.

Pero, ¿dónde está el pueblo de Dios en este tiempo? Son arrebatados para encontrarse con el Señor, y son llevados al cielo, donde reinan con Cristo durante los mil años. Pablo dice: «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.» (1 Tes. 4:16, 17). Jesús declara

directamente que los santos irán al cielo. (Compárese Juan 7:32-34; 13:33-36). Luego les dice cuándo y cómo irán allí: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.» (Juan 14:2, 3). Esto muestra que los santos serán llevados al cielo cuando el Señor venga.

En Apoc. 19:1-10 Juan ve a los santos en el cielo, después de su liberación, alabando a Dios: «Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro.» (Apoc. 19:1-10). En su segunda venida, Jesús lleva a su pueblo al cielo, a ese lugar que ha preparado para ellos. Los impíos, como hemos visto, son todos muertos sobre la tierra.

Así, Apocalipsis 19 nos presenta estos dos grandes hechos: (1) La liberación de los santos y su entrada triunfal al cielo. Versículos 1-10. (2) La destrucción de los impíos sobre la tierra. Versículos 11-21. Así, la tierra queda completamente desolada, sin un habitante. Los siguientes versículos describen el atamamiento de Satanás y su lanzamiento a la tierra (Apoc. 20:1-3). Puede surgir una pregunta sobre cómo está atado Satanás. Evidentemente, de esta manera: Los santos están todos en el cielo, fuera de su alcance. Los impíos están todos muertos y en la tierra; y, por lo tanto, están fuera de su alcance. Así, el diablo está atado, sin nada que hacer más que vagar por esta tierra desolada y meditar sobre su triste condición. Y también parecería que está confinado a esta tierra y no se le permite ir a otros mundos.

Que los impíos no resucitan hasta el final de los mil años se declara directamente en Apoc. 20:4-7: «Ellos [los santos] vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos [los impíos] no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.» (Apoc. 20:4-7).

Fue por medio de las maquinaciones del diablo que la familia humana fue llevada al pecado y puesta bajo el dominio de la muerte. Desde ese tiempo ha gobernado en los reinos de este mundo. Ha incitado a los hombres a la guerra y la

carnicería, hasta que, al fin, al comienzo de los mil años, toda la tierra queda desolada de sus habitantes. Ahora es un vasto cúmulo de ruinas, de palacios desmoronados, aldeas humeantes y ciudades abandonadas. Por todas partes, en todo clima, está escrito, con caracteres de sangre: Ruina, Destrucción y Desolación. Espinos y zarzas crecen en las calles de ciudades antes populosas; bestias salvajes y sátiros deambulan por templos abandonados, y el viento lúgubre gime a través de sus silenciosas cámaras. Esqueletos espantosos de los muertos yacen esparcidos por toda la tierra. Las nubes de arriba son negras, y la tierra de abajo despide fuego y humo, según las palabras de Is. 34:8-10.

Cuando esto se cumpla, ¡en qué estado tan terrible estará la tierra! ¡Fuego y azufre sobre la faz de la tierra, y nubes y densas tinieblas sobre ella! Este será el hogar, este el reino, del diablo y sus ángeles por mil años.

¡Cuán cambiada la escena de los años de su triunfo! Tentó, persiguió y martirizó a los justos sin ninguna misericordia. Pero ahora su poder está roto. El hombre fuerte armado ha sido atado por uno más fuerte que él, y su casa ha sido despojada de sus bienes (Lucas 11:21, 22). Cristo, el poderoso Conquistador, ha atado al fuerte enemigo, ha abierto el sepulcro y ha sacado a los santos. Ahora están fuera del poder de Satanás, y él está atado delante de ellos. ¡Qué escena! El diablo encadenado delante del Dios contra quien se rebeló, delante de Cristo, a quien despreció, delante de los ángeles, a quienes insultó, y delante de los santos, a quienes persiguió y asesinó.

Contémplo, majestuoso y terrible, aunque caído, mientras se yergue y contempla la escena de ruina, desolación y terror, obra de sus propias manos. Mientras observa los oscuros semblantes a su alrededor, los rostros de sus compañeros en la desdicha; mientras contempla sus rasgos, como los suyos, demacrados y gastados; mientras echa un vistazo al terrible escenario que lo rodea, sus pensamientos divagan hacia el Edén, hacia el cielo, hacia la hermosa ciudad de Dios. Recuerda que una vez estuvo allí, que fue un ángel glorioso y santo, compañero de Cristo, amigo de Dios. Entonces fue feliz, porque fue obediente. El cielo era su hogar. Estaba rodeado de belleza, inocencia y encanto. Pero se rebeló contra Dios, ¡y he aquí el resultado! ¿Podría arrepentirse, podría ser perdonado?

¡Oh, cuán rápidamente abrazaría la oportunidad! Pero no; pecó contra demasiada luz, conocimiento y gracia para ser perdonado jamás. Ha grabado tan profundamente la rebelión en su propio ser que el cielo no debe ser puesto en peligro nuevamente por su influencia. Él causó la muerte del Hijo de Dios, y ahora todo el universo lo aborrece y justifica su condenación. Debe sufrir las consecuencias de sus pecados; por mil años largos y sombríos debe vagar por esta tierra oscura y desolada, sin ocupación, excepto con sus propios pensamientos, para meditar sobre su triste condición. La falta de empleo, la ausencia de esperanza, la certeza de su condena final y la ira de Dios sobre él, todo esto debe hacerlo indescriptiblemente miserable. Esta es la cosecha de la maldad. Ha luchado contra Dios, pero ahora los golpes han rebotado sobre su propia cabeza; ha perseguido a los justos, pero ahora están fuera de su alcance y triunfando sobre su caída; ha arruinado su hermoso hogar, y ahora es su prisión. Así ha cumplido el proverbio: «El que hace errar a los rectos por mal camino, él mismo caerá en su propia fosa; mas los íntegros heredarán el bien.» (Prov. 28:10).

Debe permanecer mil años en su propio abismo y sufrir por sus propias malas obras y por los pecados de los justos, que él instigó, y que le han sido justamente imputados por Jesús el Hijo de Dios, nuestro misericordioso Sumo Sacerdote.